

YO PODRIA BAILAR ESE LUCAS, DIJO CORTAZAR

Con el insistente humor que se afirma ante el descubrimiento y, a la vez, en la propuesta de una escritura eficaz y penetrante, Julio Cortázar reanuda en *Un tal Lucas* (1) un ejercicio de introversión narrativa. Un ejercicio que tanto por el ánimo de divertimento que asume como por las anécdotas que van conformando un texto desigual —aunque de toda maneras brillante—, que se detiene para replantear un decisivo espectro, de actitudes humanas cuya complejidad (en casos) trae implícitas las manías, los particularismos, las rarezas —en efecto— de hacer ciertas compras en pijama; de formularse innumerables soliloquios, que advierten de las virtudes que van desde lo mórbido hasta lo más natural y que puede dejar atónito a cualquiera, frente a sus «meditaciones ecológicas» tan incitantes, claro, como aquel interrogante de Max Jacob, al referirse a un paseo por el campo: «¿El campo, ese lugar donde los pollos se pasean crudos?»; y toda esa gama de teogonías multicolores que afloran en la vida diaria en una comparsa de individuos, rostros, fisonomías que el propio Lucas, al fin, pudiese ocultar. Atendiendo, pues, al juego que aproxima la mordacidad a ese gesto implacable que revive la extravagancia, la tortuosidad, el desconcierto ante lo insólito, mientras lo cáustico de la ficción encierra una realidad donde lo ingenuo se plasma, a veces, con lo ridículo y donde acaso la rutina se hace insobornable ante la estupidez y desafiante en todo momento frente a la solemnidad. Y así Lucas pronuncia conferencias acerca de un nuevo modelo de dar conferencias, se mete a dar clases de español en la Berlitz y hasta busca el destino, eso es, de las explicaciones. Lo que comporta ante los ojos un panorama desolador, pavoroso. No obstante eso, todos estos conflictos y evocaciones que tienen más de una viñeta pintoresca de un personaje de clase media en la ciudad pueden, sí, mover al absurdo. Es más, comparten el absurdo de uno y múltiple (al que pertenece el propio Lucas) en el que asoma la arrogancia, la sensiblería, toda la sensiblería del mundo para inventar algo; y ese

(1) *Un tal Lucas*, de Julio Cortázar, Editorial Sudamericana. Buenos Aires (Argentina), 1979.

oportuno y reflexivo discurso que sienta al patriotismo en el banquillo de los acusados hasta arrancarle un sentimiento justo. Es decir, una manera de no confundirlo con el «patrioterismo», para el cual también tiene reservados unos cuantos pensamientos. Y la cosa está, creo, en tirar por la borda el bombo y la matraca, los rezagos del box, la marchita del colegio y el sonsonete glorioso que el escritor anuncia con estas palabras: «De chico, claro, Firpo podía mucho más que San Martín, y Justo Suárez que Sarmiento, pero después la vida le fue bajando la cresta a la historia militar y deportiva, vino un tiempo de desacralización y autocrítica, sólo aquí y allá quedaron pedacitos de escarapela y Febo asoma» (*sic*), para dejar paso a la desconsolada reminiscencia de una muchacha llamada Susana del «Saint James», que tuvo la virtud del recuerdo. Y que ahora, quizá, sólo tenga reservada la perennidad y la distancia.

Desde luego que también habría que ensayar otras posibles incógnitas. Tal vez hacer hincapié en la tortura que puede significar un *alter ego* despiadado, crudo y decididamente confesional, para poder maniobrar con toda esa descarga anímica de la que muy pocos, presumo, tienen la sinceridad de reconocer. Simplemente, porque al hacerlo dejarían tácito su pánico a la soledad y a la rutina. ¿Por qué ese acondicionamiento puede caer en esa fácil intolerancia? Acaso porque nunca como hoy el mundo se haya dotado para esa gran capacidad de impostura moral que una época como ésta puede encerrar para un personaje como Lucas (tal vez el mismo Cortázar), que lucha y secciona imaginarias cabezas de hidra, reconoce sus laberintos, sus espantos y se atormenta por no haber aún completado la serie de madrigales de Gesualdo en su discoteca, y no puede abandonar la idea de ser un tanto perverso y un tanto feliz al comprobar que aquella séptima cabeza lleva el miedo, la angustia y, por qué no, la resignación de haber penetrado por infinitésima vez —es cierto— en ese engranaje metafísico al que se incorpora (ahora sí) la misteriosa Claudine y el Woody Allen del ayer y del hoy (entrando y saliendo por ese resquicio del alma), de ese Lucas genial por momentos, que sigue obsesionado por aquella hidra que no deja de crecer nunca en la memoria y que no podrá, por más que se lo proponga, callar esas voces del que está solo, por más obcecado, irresistiblemente tenaz o terrible que parezca.

A pesar de lo criticable que pudieran ser no pocos de los pasajes de *Un tal Lucas*, es una buena respuesta a ciertas plagas que la literatura a veces contiene y a las sanas cosechas que textos como «La dirección de la mirada», transparentes como «Lucas, sus errantes canciones», decididamente alegres como «Lucas, sus sonetos» y dispara-

tadas como «Lucas, sus sueños», consiguen atravesar lúcidamente todo un trayecto. Así que ¡alabado sea el intento! Porque la sensación que deja conjetura una magnífica tentativa de entendimiento. Lo que me da por confesar, lo juro, una vieja expectativa que no puede dejar de entrañar el placer. Y si de Julio Cortázar ya se ha dicho más de lo que pudiera imaginarse (yo no tengo la culpa de insistir, insiste mi admiración), por eso lo justo es que se diga, al menos, con toda la decencia del alma, que este libro (que posiblemente defraude a muchos) es una especie de revés del espejo, una voluntad que no resiste su *mea culpa* y, de pronto, adquiere la potestad y la locura de pertenecer a ese género de los «inclasificables» en doscientas páginas. Y esto no hay Paredro que lo resista. Ni Polanco, ni Calac, ni fauna cronopia que lo tolere. Puesto que, al parecer, no hay mejor inquisidor para Cortázar que él mismo (2).

Aquel insólito personaje que le saca horas al sueño, al trabajo del tiempo sobre sus criaturas, y la insaciable sed que el amor con toda su naturaleza llega a replantearse en un sentimiento de virtuosismo. Nada hay más fuerte en él que ese empeñamiento. Ahora está más acá del bien y del mal y puede, claro está, desvivirse por un patio con malvones y glicinas. Tampoco pierde la oportunidad de divagar en sus lecturas, descifrar la música de Chopin, Zoltan Kodaly, Puccini-verdi en el teatro Colón o delirar sobre las propuestas y las contradicciones que le puede ocasionar su amante. Pues bien, toda esta galería de alocadas pasiones, tan peligrosas como fascinantes (algunos de estos relatos son verdaderas joyas del lenguaje demótico), ¿no serán, en gran medida, los designios autobiográficos de aquel otro escritor desconocido? ¿Los artificios ocultos que emergen de una disección existencial de tono mayor? Quizá haya algo de esto. Pero lo cierto es que también aquí puede verse el drama, hablando irónicamente, pienso, anunciando sus aventuras en los hospitales (como en «La señorita Cora» de *Todos los Fuegos el Fuego*, por ejemplo) o con todo el talento que rescata con ferocidad de los «Lazos de familia» y puede parecer cruel, en el fondo, o simplemente abrumador por el desenlace, cuyo retorcimiento siempre está más de acuerdo, acaso, con la verdad. La esperanza puede convertirse en una escena alucinante más siniestra que la desilusión en esta variedad del carnaval cotidiano que el texto, eso es, recrea en todo su esplendor. Además, el efecto continuado de la fabulación no requiere otra cosa. Nunca podría haber una escena capaz de hacer de Lucas otro ser que no sea —en ningún momento— el Lucas de las «observaciones ferroviarias», que habla con la misma soltura de los servicios públicos de

(2) Véase *Crisis* núm. 11, «Estamos como queremos o los monstruos en acción», 1974.

París como de Buenos Aires, con la misma opción alienante que promueve un tema que puede, sí, convertirse en algo tan temible, hasta agostar una historia (recuerdo «Autopista al sur»), colocando cada pieza de ese rompecabezas seguro, complejo, disperso, y de cuyo rigor el novelista encuentra la forma de poner la mano, como un refinado prestidigitador a quien nunca se le adivinan los trucos. Y este protagonista con sus propias teorías está invadido por los recuerdos, los arrepentimientos y esa insistencia o predestinación, que el escritor conoce y repite con precisión y gusto. Eso que Félix Grande tuvo la buena idea de señalar: «En un horrible mundo sofocado y amenazado y envilecido y descompuesto por varias formas de certidumbre igualmente homicidas, Cortázar, con un humor casi siempre conmovedor porque se ejerce desde una rara especie de desesperación cortés, nos certifica libro tras libro el sagrado derecho a la desobediencia (3)». Volviendo hacia una cronología del absurdo que parodia, por fin, la diaria tarea de vivir con todos sus fantasmas, reconsiderando una posibilidad de escoger al ridículo en un día de cumpleaños o el divertido espectáculo de ver a alguien nadando en una piscina de gofio. Circunstancia que mueve a la perplejidad. Pero que sin duda lleva el inquietante efecto de lo fantástico con palpitante lirismo cuando se propone cazar crepúsculos: «Si yo fuera cineasta me dedicaría a cazar crepúsculos. Todo lo tengo estudiado, menos el capital necesario para el safari, porque un crepúsculo no se deja cazar así nomás, quiero decir que a veces empieza poquita cosa y justo cuando se lo abandona le salen todas las plumas, o inversamente es un despilfarro cromático y de golpe se nos queda como un loro enjabonado, y en los dos casos se supone una cámara con buena película de color, gastos de viaje y pernoctaciones previas, vigilancia del cielo y elección del horizonte más propicio, cosas nada baratas» (*sic*).

A partir de ese sistema lúdico —por otra parte—, en el que puede adelantarse un predominio de locuciones que se apartan de la literatura tradicional (o, por lo menos, lo que se entiende por tradicional) para lograr un conjunto compacto, inventivo, lleno de imaginación, al que Cortázar no ha podido sustraerse, logrando así estructurar una prosa seductiva que deja entrever que el idioma (y no otra cosa) renace con un carácter supremo, absoluto, al poner de relieve esa piedra de toque que, en definitiva, es el lenguaje. Un lenguaje que defiende en sí, acaso, su libertad de cuerpo y alma. Con todo su poder de erotismo, siquiera de inquietante sensualidad que mucho tiene que ver con aquellas palabras de George Bataille: «La libertad

(3) *Mi música es para esta gente*, de Félix Grande, Seminarios y Ediciones, S. A. Madrid, 1975.

no es nada, si no es la libertad de vivir al borde de los límites donde toda comprensión se descompone.» En tanto que adapta lo desacostumbrado, lo inhabitual, perfecciona continuamente el absurdo, conceptualiza lo inverosímil hasta lograr—en su mayor parte—un dispositivo verbal monstruosamente bello, cuyo afán provoca una especie de alarma del texto, violando cualquier retórica, y, lo que es más, nunca está ajena a una vocación crítica de lo social, político, psicológico. Lo mismo sucede en lo cultural. Salvo los momentos de simulacro interior, en el que existe la sospecha de un hedonismo puro. Pero ahí, todavía, cuando parece burlarse, es serio. Cuando persiste en un tipo de mala conciencia, sigue siendo original sin caer en lo frívolo. ¿Qué duda cabe? Hasta en eso de permanecer en un entorno porteño, con sus matices y manías, en el que se pertrecha también una vasta cultura europea, no resiste la pertenencia latinoamericanista. ¡Quién puede ignorarlo! Aunque alguien del «Ornitorrinco» pretenda lo contrario. Y en esto Cortázar sobresale en mucho del prototipo lúcido del intelectual de esta época. Y, bueno, las claves están en la propia literatura.

El tema exige su lugar. La curiosidad que Lucas vitaliza proviene en muchos casos de aquel maravilloso y distante *Bestiario* en el que contempla y se contempla, infiriendo en la escritura algo más que una estampa de la realidad. Tal vez una serie de planos de la cotidianidad en la que reina con todo su furor la alienación, las obsesiones y el sacrificio espiritual que podría hacer ladrar a un individuo. Aquí no hay caso de otra perspectiva que no sea la de encontrar la angustia y revolcarla por todos lados. Así como arrastra también los cronopios de la vida, las famas del ensueño, empecinándose en un ácido de irreverente humor, con toda la astucia del mundo. Con toda aquella sagacidad, nunca lineal. Jamás previsible. Llegando a convencer, lo sé, de que la tierra es cuadrada y que el día, en realidad, es un lamentable error. Seguro que al estampar su santo y seña ahí nace de todo eso una visión poética. Un punto de arranque que, de paso, tiene sus significados. Y entonces el sentido «patafísico» de sus criaturas se vuelven el *collage* de *Ultimo round*, donde el tiempo real se disuelve en el tiempo narrativo que, poco a poco, deja entrever un siniestro esplendor. Una rara avis en la escritura actual. Cielo o espacio que el trabajo de lo inesperado suele ocupar en muchas de las páginas, donde escenas tan memorables como *Rayuela* (su clásica antinovela) o los sucesos que trasponen la anécdota de *Los Premios* con igual intensidad, establecen un rumbo, un código único, osado y, sobre todo, obstinado en la puesta en marcha de la novelística de los últimos años. Tan rica, pienso, como el interés que para la crítica

despertó un libro como *Voyage au bout de la nuit*, de Ferdinand Celine, cuyo impacto en los años treinta ha sido el resultado de todo un hostigamiento hacia el lenguaje y su retórica, y que el lenguaje mismo necesitaba expurgar hacia un contenido liberador, entrañando su *ubi consistam*, su fe, su verdad. Y todo aquello está resumido en el orbe cortazariano. Un magnífico ejemplo, del que participa su *Prosa del observatorio*, en el que la metáfora se resuelve entre los astros y las anguilas; entre la noche de Jai Singh, el mar de los sargazos y el anillo de Moebius, alcanzando una realidad más perspicaz para el hipotético lector de un universo misterioso. *Un tal Lucas* es la contraconciencia. El necesario antídoto para alguien que ha forjado una mitología rabiosamente humana. Escandalosamente viva.

MANUEL RUANO

Avda. Principal, Las Palmas (frente a plaza Caracas)
Edificio La Almudena, 5.º, 9
Caracas 1050
VENEZUELA